

La zona de la muerte. por j.rebuscá

60 años de la conquista del Everest

Así se la conoce en el mundo de los escaladores; describe la franja del Monte Everest por encima de la línea de los ocho mil metros hasta el punto de la tierra más elevado sobre el nivel del mar; casi ochocientos cincuenta metros también denominados la zona muerta.

Ambos calificativos calcan la realidad. La reducida presión atmosférica que reina a tales cotas impide una concentración de aire compatible con la vida; quienes hasta allí se aventuran saben de la imposibilidad de aclimatación y de que disponen de un tiempo límite de estancia: para quien lo rebasa la muerte es irreversible. Incluso durante ese lapso los efectos de la hipoxia -euforia, pérdida de conciencia, estado de confusión- unidos a los riesgos de hipotermia y las imprevisibles trampas de una climatología de por sí adversa, la muerte ronda a los escaladores.

Abundan las narraciones que describen lo que acontece allí arriba. A lo largo del trayecto se ha ido acumulando la basura a causa de una desmedida explotación del ascenso, un negocio que reporta pingües beneficios a propios y extraños. Resultan espeluznantes las fotografías de aquellos que perdieron la vida en el intento, cuyos restos permanecen a la intemperie, inertes, congelados, manteniendo la postura del instante en el que sus espíritus abandonaron los cuerpos. No los cubren las nieves -el colorido de sus ropas atrae los rayos solares para jugarles una mala pasada- ni alimañas o gusanos necrófagos, que pudieran rendir cuenta de sus cuerpos, habitan en aquellas altitudes

Los medios de comunicación acusan de falta de sensibilidad a los montañeros y sherpas, los cuales toman a los cadáveres como puntos de referencia en la andadura, les ponen nombres o apodos y conviven con ellos con desconcertante indiferencia. En su defensa alegan que el rescate es impracticable allí donde el avance de unos pocos metros exige de largos descansos para dar tregua al organismo, siendo inútil, con frecuencia, acudir en ayuda de alguien con vida; afectados por el mal de altura, faltan fuerzas para socorrer al que cae o para impedir a los que impulsado por las alucinaciones se prestan a cometer acto de locura que los condenan a unirse, hasta la eternidad, a la ristra de momias que jalonan la ruta.

Estas críticas habrían de servir de reflexión ante el escenario se repite por debajo de las faldas del coloso himalayo; a diario, poblaciones enteras mueren de hambre, sed y enfermedades provocadas, o vagan mustias y escuálidas en medio de conflictos generados por intereses comerciales; los mismos que llevan a que se contaminan mares y lagos, se talen bosques y selvas a cambio de unas minúsculas pepitas de oro y se aniquilen bancos de peces para destinar a la alimentación una ínfima cantidad de carne.

Pero a diferencia que en el techo del mundo, el mal de altura no viene suscitado por la carencia de medios o de oxígeno; lo provoca las ansias y el exceso de poder, un mal de altura endémico que impulsa a ególatras incompetentes a invadir con su mierda un mundo por el que deambulan, sin esperanza, millones momias.